

"HISTORIAS DE LA

(Por Carlos Noguera:
Premio Internacional de Novela,
Monte Avila, 1971)

"Historias de la Calle Lincoln" es una novela con gusanillo. Piel dorada por fuera y por dentro enferma. Noguera narra con primor, con lenguaje cuajado y versatilidad de recursos desde la palabra periodística o publicitaria al soliloquio sentimental; desde el destello lírico al sketch filmico. Pero, en definitiva, la exhibición verbal no puede impedir que "Historias de la Calle Lincoln" sea una novela desahuciada, amarilla y parnasiana porque nació con el pecado del snob que acaba en manierismo. Una novela bellamente escrita, pero superficial, sin espíritu y sin orientación valedera. Carlos Noguera no templó previamente el esquema. Da la sensación de haber reunido capítulos autónomos a los que a última hora les cose las junturas. Se notan por eso los dobladillos y los remiendos. Y no faltan sospechas serias al comprobar que precisamente el capítulo II, "Altigracia y otras cosas", fue el cuento que ganó el concurso de "El Nacional" 1969. Y aquí, pienso, radica el pecado de la novela: falta de entereza profesional para madurar y acuñar más el proyecto. No es extraño que falte garra. Carlos Noguera se trasluce como un autor agrietado. No controla sus tentativas y escarceos. Titubea, reptá, busca a ciegas en una encrucijada de posibilidades su horma y talla. No ha cristalizado. Se le nota indeciso. Es aún joven.

¿NOVELA "CAMP" PARA LECTORES "POP"?

El título prometía ciertamente más. La Calle Lincoln (Sabana Grande) puede ser fértil baza para quien se atreva a jugarla. Bohemia y contraste; ilusiones y desengaños; whisky y frustraciones; ostentación y dependencia. Manos sucias que firman cheques muy blancos. Pero Noguera se limitó a dibujar las elipses biográficas de unos personajes frívolos, espejos de una juventud carcomida. Guaica, Ernesto, Arle, Patricia, Graciela o Mónica no pasan más allá de una enfermiza ñoñería más aptos para los Cuentos Navideños de Dickens que para Historias, de Sabana Grande. Niños de postín y colorines a pesar de que hayan sido, algunos, "guerrilleros", estudiantes de la UCV y lectores del viejito Marx y Lenin. Sus tentativas políticas, sus concepciones del amor y la libertad se esfuman en una atmósfera de poesía sentimental, de irrealidad y aburrido artificio. Gritan "Viva Fidel" y recuerdan algo de los libros de Mao, pero son izquierdistas con Mustang, borrachines, maricas y lesbianas, burguesotes que oyen música de Paul Mauriat en cassettes. Es la nueva izquierda "pop" que no tiene necesidad de madrugar; por eso puede trasnochar. Una nueva izquierda de moda, opaca, de "yo-yo", de loza y de cristal. Jóvenes solterines de acuarela y natilla sexualmente inmaduros. En definitiva, una juventud de mentira. Por eso "Historias de la Calle Lincoln" es una traición. ¿Cómo se nota la ausencia del estruendo, del viento novelesco y la trepidación de Sabana Grande!... ¿Novela "camp" para lectores "pop"?

EL PASADO DESDE EL FUTURO

La "patota" corriendo hacia adelante devela su atrás como ante el espejo retrovisor del Mustang que manejan. Sus historias avanzan retrocediendo. Se equivocaría, por eso, quien leyera esta novela con mentalidad lógica. Es un libro abierto, sin ruta oficial. Hay que entrar sin prejuicios con los ojos desorbitados para entornarlos luego lentamente a

medida que concluye la lectura. No es un viaje uniforme; es un éxodo nómada desde su génesis al apocalipsis final a través de multitud de piruetas que transcurren en un tiempo como de arenas movedizas. Un rompecabezas que se arma a golpes de sorpresa desde encuentros en lejanía hasta la apoteosis final, síntesis de todas las peripecias y de todas las técnicas. Estamos frente a una novela antiépica. Cada capítulo es un coqueteo estilístico y cada tema habla su propio lenguaje. La estructura espacio temporal se quiebra después de cada una de las 26 historias con la interpolación de nuevos elementos temáticos-acronológicos. Así, Patricia, la exquisita modelo publicitaria del capítulo I, nos lee su diario íntimo de los 15 años en el capítulo VIII con un primoroso tono de soliloquio, estupendo tratado de psicología adolescente a lo "topo Gigio". Todo su pasado va reapareciendo en los capítulos futuros. Sólo en la última historia se comprenden las historias precedentes compuestas por filmaciones publicitarias, recuerdos guerrilleros, diarios de juventud, experiencias sexuales, incestuosas, homosexuales, maricas, lesbianas, aburrimientos, frenesies de amor, cuñas periodísticas, etc. En el presente se devela el pasado de todos los personajes.

UNA LECCION DE DERROCHE NARRATIVO

Cada personaje se identifica por su habla. Por eso "Historias de la Calle Lincoln" es una sinfonía narrativa en la que el estilo es la batuta que dirige, distribuye y modula. Las fisuras y las distorsiones juegan alternativamente con los encajes y vaharadas de fluidez rítmica en un intento taumatúrgico de atrapar la realidad continua o dislocada. Los soliloquios y monólogos son de una fluidez rebosante, con la gracia y tersura de un surtidor que rompe su cintura en la subida con raudales de musicalidad. Es el lenguaje castigado quien sostiene a la novela. Es también el personaje principal. Pero se notan demasiado los dedos de Carlos Noguera, excelente escritor. Más que en las experiencias políticas o amorosas de Guaica o Graciela se piensa en la disciplina semántica del autor, en su plenitud de recursos y maneras de hablar. El significante avasalla a lo significado.

El resultado es exhibicionismo, regusto filológico. Lástima de tanta gimnasia verbal para tan raquítico contenido. Noguera no ha roto el cerco temático de lo fácil, inmediato y superficial. Su aventura es lingüística, manca de creatividad temática. Preciosa cámara que filma con lindos juegos de luz y color, armonías y ritmos, vidas amaneradas sin estremecimientos. Ha toreado maravillosamente un toro de trapo teniendo cualidades para enfrentarse a un miura. El diario de Patricia es un ostensorio del más hermoso "rococó" escrito en Venezuela:

"Querido diario, estoy loca de alegría y en mis pupilas refulge la luz del sol y todas las estrellas del cielo. Ayer fue una noche que quedará grabada en mi memoria hasta la tumba. Tantas fueron las cosas que pasaron, tantas fueron las sorpresas y las novedades, que mis ojos no se daban abasto para admirar tales maravillas. Una música que venía del mismo cielo, alfombras que te hacían caminar entre nubes, una oscuridad que invita al romance y a cualquier locura, las luces multicolores y el aire fresco y perfumado, todo esto encerrado en un marco de suaves y dulces melodías..." (pág. 81).

CALLE LINCOLN"

Carmelo Vilda

Cuando describe las ropas, estilo "figurín", es genial:

"El vestidito está creado en lana, todo de una sola pieza, con cierre a la espalda hasta el cuello. Es ajustadito en el torso, con cuello alto de tortuga y mangas largas. La falda cae en línea A, corte mini muy por encima de la rodilla, a cuadros azules y blancos que dan la impresión de tonos difusos..." (pág. 82).

Y así, precisamente, lo mismo capta el lenguaje publicitario que el silencio de las cosas, las cuñas periodísticas, los anuncios espiritistas y el argot hamponil. Un perfecto ensamblaje entre expresión y contenido. Una técnica narrativa en la que parece que es la palabra la que crea al personaje y no viceversa. La voluntad de "estilo" de Noguera desemboca coqueta en un manierismo con voz artificiosa, en el capítulo final, donde recordamos el paso de puntillas de las ninfas de Boticelli en la "Alegoría de la Primavera" con música renacentista de Vivaldi:

"...los cuerpos desnudos de Patricia y Graciela danzando por la habitación toda, diminutas gotas de lluvia deslizándose sobre la piel, una humedad dulce cuyo olor se fusiona con el césped mojado, en el jardín..." (256).

LAS COSAS: LA MEDIDA DE TODOS LOS HOMBRES

Hay también en "Historias de la Calle Lincoln" tanteos de lo que en Francia se ha llamado "nouveau roman" al estilo de Robbe-Grillet, que consiste en un conjunto de experiencias puramente formales y, a través de ellas, una tentativa de evasión fuera de la realidad social circundante. Pero lo curioso es que el resultado es un mayor realismo. El primer síntoma es la desaparición del "protagonista"; no hay héroes ni voces cantantes. El personaje pierde jerarquía, intensidad. Lo humano se descolora y se realza el entorno. La narración novelesca se deshumaniza y la vida avanza progresivamente hacia la cosificación. Topamos con las cosas. Ahí están en el ruedo de la vida, en esa corrida de toros en la que la plaza y la tramoya taurina cobran mayor importancia que el torero y el toro. Las cosas crecen, son autónomas, cobran vigencia y funcionalidad y avasallan al hombre, pequeño juguete. Las cosas consumibles consumen al consumidor. Los objetos conformarán al hombre y le darán su dimensión. Es el antihelenismo filosófico más radical.

Patricia, por ejemplo, es creación y medida de la publicidad, de un reflector, de un sketch, de un chiffon multicolor, de unos lentes poligonales y hot-pants. Pero es el capítulo XII, "Ventana Indiscreta", el que mejor recoge los pasos de esta autonomía de las cosas y su poder de conformación. Seis páginas dedicadas a la descripción de un apartamento; mejor, es él mismo quien se describe. Él habla; él es el narrador, él se distribuye y ubica. No pasa nada. Sólo hay "cosas"; un apartamento amueblado que, en silencio, dobla a sus ocupantes y les fuerza a ser como él quiera. El efecto es de un realismo terrible: se advierte con estupor la ausencia de lo humano, el apabullamiento estremecedor de los objetos. Y el hombre sólo se rastrea como un gran hueco y vacío. Es una fina burla de la idolatría de las cosas y su lenguaje, la publicidad, pero la ironía se hace seriedad al palpar

que el peligro no es aparente, sino real. Es la apoteosis del tecnicismo o capitalismo que cuida más los productos que a los productores. Pero esta situación aparece sólo como un apunte carente de intención. Una veta que no explotó totalmente su autor.

DECEPCION Y ESPERANZA

Noguera, como es costumbre en la literatura y arte de vanguardia, se muerde la cola para salvar la espalda. Es decir, ironiza, mediante el humor, su tentativa narrativa para que su obra sea deliberadamente equívoca. Resulta así que el humor es una niebla de humo que oculta posibles subterfugios justificativos o tiende una red de vaguedad para que no se tome en serio lo que sí es serio. Es el mito del "malo" que muere escupiendo un chiste sentencioso-moral para no pactar con el sheriff ni en la hora de la muerte. Pero si el humor y la ironía no cumplen su cometido, entonces la crítica y el público muerden la cola y también la espalda del autor. Hay situaciones en que la risa es de mal gusto. Un tema que no valía la pena contar no se justifica ni sazona con el humor y la ironía.

Por eso en "Historias de la Calle Lincoln" palidecen y se descoloran las noches ubérrimas de Sabana Grande. Ni la ironía o la burla las avalan. Queda, en definitiva, un guión para una edulcorada película de Hollywood. Hay belleza y color; juventud, música, carros de carrera, sexo, mar y ambientes pop. Todo lo que pide un productor comercial. Pero en la calle Lincoln hay otra novela no narrada por Carlos Noguera. Y es una lástima que no haya querido escribir esta otra, la que ocultan precisamente sus "Historias", la de la Sabana Grande dramática, contradictoria, frustrada, álgida y enajenada. La de la Sabana Grande explotadora y explotada. Esos vacíos nocturnos flotantes con un porqué alienante que cada noche es el destino de tantos hombres y mujeres que esconden su rostro, sus problemas y traiciones en las luces opacas de los bares y night-clubs de sus traveseras. Mientras tanto, afuera, las tiendas hablan con ostentación el lenguaje de la abundancia y belleza de la Venezuela externamente feliz. Caracas otra vez ha sido literariamente defraudada porque "Historias de la Calle Lincoln" está más cerca del "Love Story" que del "Tragic Story".

Presiento, además, que la novelística venezolana actual se está repitiendo a sí misma. Antes fue el ciclo nativista, el ciclo del "hato" y del "civilizador" cerrado magistralmente por Rómulo Gallegos. Hoy es el mito del joven universitario (de la UCV) que juega a la "guerrilla" con tanto o más idealismo que Santos Luzardo jugaba a ser civilizador, hasta que se frustra y baja del monte al asfalto de la ciudad para capitular ante un "whisky on the rocks" o el seno terso de una mujer joven. Y atrás quedan Marx y Lenin y el viejo Mao con su revolución cultural.

Sin embargo, Noguera puede ser el traumatólogo que enrumbé las nuevas rampas de la narrativa venezolana. No le faltan palabras ni estilo. Quizá sí mayor reflexión y éxtasis literario. Mayor ética profesional. Algo hay en el subsuelo de esta novela que se escapa a la crítica y que presiento como un filón de fecundidad futura. Algo hay en Noguera que no se puede rastrear aún. Deseo sinceramente que lo explote porque "Historias de la Calle Lincoln" decepciona. Parece una novela vieja, decrepita. Noguera, sin embargo, es joven.